

MOTIVOS DE LA ESPAÑA ETERNA

Estos fragmentos de meditación no pretenden ser ni un inventario ni un programa. Son tan sólo trozos de una perspectiva, el corte hecho en una de tantas almas españolas, que quisieran darle un filo perdurable a la emoción de la Cruzada. Frené en ellas cuanto pude el lirismo. No porque lo desdiseñe, sino por guardarlo más cerca. Muchas ideas quedan solamente esbozadas: unas por limitaciones de espacio, otras por limitaciones de entendimiento. Pero todas van unidas en la soledad por aquella emoción rediviva del liberado.

SENTIDO DEL PATRIOTISMO.

Pongámonos en la presencia de España. Imaginémonos en El Escorial. Nos postramos, sin tópicos ni palabrerías, pero con apasionamiento viril, a buccar en nuestra conciencia y nuestra historia, a pedir fe en nuestro destino y confianza en la Providencia, y a renovar nuestros votos.

La Nación y el Estado han vuelto a encontrarse al cabo de tres siglos, y volvemos a ser españoles por la gracia de Dios. Nuestra Cruzada no ha podido aún reconquistarnos toda la verdad ni la integridad de nues-

tros ideales nacionales pero nos reivindicó plenamente aquellas perspectivas de regeneración que muchos daban ya por perdidas. Pudo haber un instante de ingenuidad mesiánica, que escuchó el último parte de guerra como el ensalmo definitivo para todos los males, para todas las culpas, e imaginó la nueva España como una España nueva, recién nacida. Hubo hasta impacientes que estimaban muy largo e insoportable plazo de regeneración tres años de lucha. Pero cuando se advierte que en ésta, como en la otra Reconquista, España hacía la guerra y la guerra iba rehaciendo a España en forja terrible sobre yunques ensangrentados, tres años son al cabo muy corto lapso para un proceso tan profundo. Nuestra guerra no podía ser sino la primera fase de un proceso de salvación duro y austero. Por algo era y sigue siendo un *Movimiento*. Y un Movimiento que representa un viraje de ciento ochenta grados en la trayectoria nacional, un reenquiciamiento de España, es irremisiblemente mucho más que un cambio circunstancial de la política y más que una guerra civil.

No vale impacientarse, como no sea para redoblar el esfuerzo. Sobre que vivir es de suyo vivir en peligro, somos un pueblo resucitado, y esto de resucitar no es tan cómodo y fácil como pudimos pensar a primera hora. Pero tampoco vale arrastrar el peso muerto de resabios y vicios y teorías caducas. Una guerra que no determinara una nueva actitud espiritual, un dolor que no convirtiera la pena en penitencia, quedaría reducido a una nítanza estéril. El sacrificio puede quedar desvirtuado por la frivolidad de la masa, y —lo que fuera más triste aún— el heroísmo puede malograrse por desaliento y deserción del propio héroe, incapaz

de mantenerse tal en la paz, en las delicias de Capua o en el curso gris de los días sin nombre.

Preferimos la gran aventura con su riesgo a la tarea lenta y anónima. En la guerra el instinto de conservación es más apremiante, en la paz suele oividarse el peligro corrido. La acción bélica ofrece en su misma destrucción un goce instintivo, cuyo precedente es el de aquel primer juguete roto en nuestra infancia. La reconstrucción en la paz es más laboriosa, porque forzosamente se han distendido aquellos resortes del ánimo, que la guerra hubo de oprimir implacable. El último parte de guerra no podía brindarnos la paz como un botín, porque ese botín era nuestra propia casa cuarteada y en trance tal, que exigía ahora más cuidados y abnegación.

Así como en pasados tiempos nos salvamos merced a los jugos vitales que aún conservaba la nación, ahora, en cambio, podríamos perdernos por los vicios que sobrevivieran. Se da en esta hora española un cruce de generaciones y de actitudes que, superadas en una fase de heroísmo y de pánico, vuelven a manifestarse. Como en la parábola evangélica, la buena semilla cayó sobre muy varios terrenos: toda la gama psicológica y moral de los hombres; y aun los mejores pueden sentir el alma pronta y fuerte, y la carne flaca y remisa para andar los nuevos caminos. La guerra abrió muchos surcos en los pedregales de antaño, pero hay mucho que arar en la paz. Subsiste el peligro de aceptar un programa para luego tergiversarlo, de comprender la verdad sin tesón para seguirla, de compartirla por simple imitación, de quedar prendido en la mera exterioridad sin comulgar en la entraña, de tender demasiado pronto la mano mo-

vidos de falsa caridad, de quedarnos mirando hacia atrás, petrificados por el resentimiento.

Esto no es pesimismo, sino optimismo serio. Nada más repugnante que el optimismo tópico y la falsa alegría ruidosa, que al cabo es pura juerga. De ahí sólo puede salir la frivolidad, el primitivismo que está desvirtuando tantas energías. El optimismo estribará en la seguridad de que hallamos por fin nuestro rumbo y enfilamos bien la proa. Pero no basta con haber hallado el camino, hay que tener voluntad en seguirlo: voluntad que no es sentimentalismo blando ni arrebató tornadizo ni instinto de contradicción —tan confundido a veces con la firmeza—, sino decisión viva, tensión constante del alma apoyada en la convicción.

Puede el hombre entretener su vida de innumerables modos, pero sólo hay un modo humano de vivir: la milicia. Tiemblan en nosotros sentimientos e impulsos, que, sin destruirlos ni desdeñarlos, son como el pie borde sobre el que debe injertarse el verdadero espíritu. Es muy humana y muy hispana condición el arrebató, y un gran motor moral; solamente en épocas de ignominia y cansancio pudo creerse que la virtud y la felicidad consistían en un justo medio que olía a transacción escéptica, cuando es lo cierto que la gloria fué siempre de los grandes exaltados. Sino que esta exaltación pide ser traspasada de caridad y de intelecto. Exaltados son Francisco de Asís y Juan Jacobo Rousseau, Ignacio de Loyola y Lutero, y ¡qué abismo entre la santidad y la perversión! Hay quien es incapaz de soportarle a su hermano carnal la mínima molestia, y sueña en ser hermana de la caridad; quien no apeteció en su vida una hora de recogimiento, y visita en momento propicio la Cartuja y le invaden unas an-

sias dulcísimas de ser monje, porque ve con visión carnal la paz del atardecer sobre sus nervios dislocados: así hay también quienes, porque se les saltan las lágrimas al paso de la bandera, se creen ya perfectos patriotas.

Esta disposición ingenua vale como estímulo para el patriotismo auténtico, que es amor y servicio. Amar y servir y sufrir, dolor de amor: los amores fáciles mueren tan tontamente como nacieron. No se pertenece a la Patria como a un círculo de amigos y de colegas. La Patria es mucho más que el solar por donde van pasando unos hoy y mañana otros, es árbol perenne, comunidad dilatada de espíritu, que, por ser humana, necesita posar su planta en un pedazo de tierra, como la posa el hombre. Tampoco cabe ser españoles en un sentido negativo, porque nació uno acá y acá lo inscribieron y harto hará con soportar la convivencia. Únicamente la anemia del sentimiento nacional pudo explicar que un agudo maestro propusiera, como *modus vivendi*, el conllevarse: los huesos de Kant debieron de derretirse de gusto. Únicamente esa anemia explica el modo rutinario con que le ofrecemos nuestros hijos a la Patria, la degeneración en frío requisito burocrático de lo que debiera tener rito y efusión bautismal.

Los mismos conceptos reconquistables de Patria, Nación y Estado han de interpretar lo temporal en función de lo eterno. La eternidad no se mide con medidas de tiempo, pero el tiempo se concierta con la eternidad. No es por rutina por lo que la liturgia católica reitera tan constantemente aquella fórmula: "Sicut erat in principio et nunc et semper". Nuestro tiempo y nuestro ser viven traspasados y transvasados de eternidad, y en los momentos culminantes —no precisamente los

más aparatosos— de nuestra aventura vital lo temporal y lo eterno laten isócronos en nuestro corazón.

Hay una comunión de la Patria como hay una comunión de los Santos: La grandeza de los pocos pasa a ser patrimonio y dignidad de todos, la aureola del héroe cede una chispa de su resplandor al apocado, las glorias de un siglo vienen a proyectar un eco de su fama en los decadentes. Pues bien: esa proyección sería imposible si en la Patria no hubiera huellas y perspectivas de eternidad. Sólo en la inmensidad de Dios navegan y anclan y viran su rumbo estas naves que son las naciones.

Por eso el verdadero patriotismo no arraiga en el orgullo ni en la ambición ni en el apego sensible a cuantas cosas nos rodean, ni mucho menos en el sentimiento de casta y el odio al enemigo, sino en la capacidad de abnegación. Y así como nuestros místicos juzgan vanidad las grandezas humanas y van desdeñando impertérritos en su camino de perfección un sinfín de deliquios que las gentes menos avisadas toman por signo seguro de santidad, así nosotros en este instante decisivo de nuestra historia hemos de desdeñar todo afán y lucro que no mire de algún modo al espíritu. En estas raíces espirituales es donde hay que buscar la savia y la verdadera riqueza: lo demás, como se nos dió siempre, se nos dará por añadidura.

* * *

Importa recordar estas nociones simplicísimas para cortar ya en su nacimiento ciertos brotes pragmáticos, muy excusables en la juventud y en los pueblos que tratan de conjurar su crisis. Allá con su pragmatismo

mo los pueblos sin historia. Bueno ha sido, ¡y tan bueno!, que a algunos falsos maestros se les pusiera en serio ante el problema y el dilema para que acusaran su triste inanidad; bueno fué ver cómo iban cayendo a sacudidas de cañón teorías y tópicos podridos. Pero mucho cuidado con entregarnos tan ciegamente a lo vital, que le sacrificuemos el alma misma y acabemos muriendo de mala muerte. Ni la fosilización intelectual, bien hallada con manipular sombras de conceptos muertos, ni el desbordamiento pragmático que juzga de la verdad o del bien o de la justicia por sus resultados inmediatos. De afirmar el sentido vital de la verdad a pensar que ésta dependa de la acción, media un abismo. ¡Cuántas verdades conocemos sin decisión para encarnarlas, y no por eso dejan de ser verdades, y están ahí para nuestra vergüenza! El pensamiento español, en su línea más pura, ha sido fiel al "In principio erat Verbum", que constituye la médula del pensamiento occidental. No es relativismo pragmático lo que necesitamos, sino concierto entre el entendimiento especulativo y el entendimiento práctico, y entre el entendimiento y la voluntad. Creer y crear. Urge una ideología clara que nos dé ideales. Ideales sin ideas son meros enjuagues de la imaginación. Valor y valer. Coraje y conciencia. Sentir la vida, pero sentirla en su axiología suprema, hasta mudarla por la muerte; más exacto, por la inmortalidad.

* * *

La utopía liberal dilaceró en sí mismo al hombre, y, al disgregarle la verdad, acabó por desarraigarle de su Patria, vagabundo en un Estado a la deriva.

Nuestra crisis fué la falta de una comunidad de valores e ideales, base de toda comunidad humana, la anarquía mansa de los enciclopedistas, de los burgueses encostrados en sus prejuicios, de las aristocracias desertoras, aquel desequilibrio íntimo, sin el cual no hubiera llegado jamás la anarquía terrorista. En vez de *instituciones*, teníamos empresas: el Estado empresa a costa de la Nación; la región empresa que, cuando le parecía un mal negocio pertenecer a la Patria, vendía el alma al diablo y pedía su parte; el partido empresa, donde iban agrupándose cuantos aspiraban al usufructo, siquiera intermitente, de todo el patrimonio nacional.

En esa anarquía estuvimos malviviendo durante más de un siglo. ¿Qué vida cabía sin unidad? ¿Y qué unidad era posible entre ideas más huacas aún que falsas, más allá del principio de contradicción? La unidad precaria de la fuerza que, en un pecado de lógica, imponía el Gobierno cuando veía que por las buenas se le escapaba el poder, y la unidad del resentimiento que fué envolviendo a una nación desarbolada. Se había roto el vínculo religioso, porque cada cual pudo ponerse a improvisar de lo humano y de lo divino sin dar cuentas a nadie; rompióse la unidad moral porque se desvaneció la santidad de la ley, y al individuo bastábale con ir segregando imperativos categóricos en "el santuario de su conciencia"; quebróse la unidad política al consagrar la lucha como situación normal, cuando no es sino triste secuela de la imperfección humana, y al erigir en quicio de la vida nacional algo tan desquiciado y esencialmente contrario a la unidad como son los partidos políticos. El mero nombre de *partido* es ya bien elocuente.

Y así fué como aquel empeño senil de buscar una disciplina externa sin disciplina interior, una autoridad sin autoridad, determinó el desmoronamiento de un Estado que vivía de la trampa. Trampas doctrinales y de las otras. Tratadistas mediocres y políticos rastrosos. Refiriéndose a aquel genio de la prestidigitación que se llamó Sagasta, hubo de denunciarlo un día Vázquez de Mella: "En estos períodos de decaimiento social, de grande anemia, en que la savia falta y la sangre amengua su vigor, son los escépticos, los volterrianos, los hombres fríos, los que no creen ni aman, los que se encogen de hombros, quienes se encuentran al frente del Poder." La comunidad de España había degenerado en la multitud española.

Mientras en la comunidad hay una actividad responsable, en la multitud hay agitación sin responsabilidad. En la comunidad se advierten estructuras institucionales, en la multitud sólo polarizaciones efímeras. En la comunidad dominan los ideales, en la multitud los instintos inferiores. Lo que en la comunidad es ritmo, en la multitud es convulsión. En ésta juega un papel primordial el símbolo fácil, la idea simplista que no llega a idea, el mínimo esfuerzo; en aquélla la empresa difícil y secular, la reflexión y el sacrificio. Para que haya multitud bastan ciertas influencias recíprocas; para que haya comunidad requiérese dirección autoritaria. Nos introducimos por entre la multitud, y seguimos solos, y aún se acentúa nuestra inhibición: este fué el sino de algunas figuras egregias del siglo XIX y parte del nuestro; nos incorporamos a la comunidad, y nuestra persona se siente más segura y henchida.

Basten estas indicaciones esquemáticas para com-

probar que habíamos llegado al fin del proceso multitudinario de España. No vamos a hacer aquí la crítica de un parlamentarismo, contra el que ya se han agotados los dictérios; pero sí interesaba recordar que ese parlamentarismo no era, como algunos pudieron suponer, un sistema que degeneró históricamente, sino un sistema que nace ya con el germen de la corrupción, sin que le valgan remiendos. Trayectoria triste la del envilecimiento paulatino de las palabras nobles que cayeron en su poder: había orden cuando no pasaba nada. El marxismo no fué la degeneración accidental de una cuadrilla de foragidos, sino el término lógico de la desintegración liberal. Relativismo escéptico, luego materialismo. Y la materia, por mucho que se la pula y tiña, no puede convertirse en espíritu; la sociedad abandonada al materialismo histórico para en lo que para siempre lo material, en corromperse.

* * *

Pues bien, el milagro de vaticinar sobre esos restos de hispanidad carcomida y animarlos y convertirlos de nuevo en nación se inicia el día en que José Antonio Primo de Rivera, con ideas tradicionales y estilo nuevo, en vez de pinzar oportunidades políticas, abre de arriba abajo el mapa de España y llama a milicia sin más promesa que la de la muerte. "La milicia, nos dice, no es un pueril jugar a los soldados... La milicia es una exigencia, una necesidad ineludible de los hombres y de los pueblos que quieren salvarse, un dictado irresistible para quienes sienten que su Patria y la continuidad de su destino piden en chorros desangrados de gritos, en oleadas de voces imperiales e im-

periosas su encuadramiento en una fuerza jerárquica y disciplinada bajo el mando de un jefe con la obediencia de una doctrina, en la acción de una sola táctica generosa y heroica." Y la hora suena el día que el Caudillo se decide a dar cumplimiento a las profecías, y surge, agrupando a las gentes en una gran milicia, el gran maestro de disciplina, el remedio seguro cuando ya han fallado todas las fórmulas: el Ejército.

Ponderemos el triunfo nacional. Rotundo, sin componendas, cerrado, no por un acta de arbitraje o transacción, sino por aquel lacónico parte de guerra, que recitamos todavía como un conjuro: "En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han ocupado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado."

La guerra, no unas elecciones. Pasó el tiempo en que, roídos de relativismo liberal, nos deteníamos timoratos ante cualquier programa, y estamos en el trance de forjar nuestro modo de ser. ¿Cómo? ¿Yéndonos cual advenedizos tras la última moda? ¿Enfocando estas cuestiones sangrantes con un virtuosismo técnico, que suele ser pura parodia especulativa? ¿Profesando para los ideales nacionales la fe del carbonero? ¿Dejándonos llevar de ese optimismo facilón, para el que los veneros de la Patria son inagotables y dispensan de todo esfuerzo, bastando con dejarse vivir? ¿O escamoteando ese esfuerzo, con el consabido cantar de que todo está en crisis?

Precisamente en los trances críticos es cuando hay que apurarlo y extremar la fidelidad al nombre. Toda grandeza descarriada de la vocación presto se desvanece. Por otra parte, como ya observaba Salustio, los

gobiernos sólo pueden sostenerse por aquello que les hizo nacer. Pues bien, pocos pueblos pueden hoy leer tan claro en las estrellas, en su estrella, como España. Y pocas ocasiones hubo como esta para imponer ese destino.

Invocamos como venero claro de nuestra grandeza el dolor de España. Las creaciones humanas lo fueron siempre en el dolor. Pero invocamos a nuestros muertos para serles fieles, no para malbaratar su sacrificio entre lágrimas y retóricas. A los caídos no se les puede recordar por recordar. Sería turbar neciamente su paz augusta. El recuerdo sería sarcasmo si no nos hincase cada día más honda la preocupación de corresponder a su sacrificio. Fuera invención muy cómoda esta de enterrar a los muertos llorando y discursando sobre sus tumbas, y contentarnos con darle gracias rendidas al Señor porque tuvimos más suerte que ellos, si el quedarse acá es suerte. Ni la justicia divina pasa por esa desproporción innoble, ni la Patria tampoco. ¿Por qué ellos y no nosotros? ¿Cómo concertar nuestra vida y su muerte?

La Cruzada es ya vivencia perenne de nuestro ánimo, que nos obliga a sentirnos elegidos. Y ser elegido no es ser llamado a lo regalado, sino a lo arduo, marchar ya de por vida estigmatizado y transido. Política y poética. La nuestra ha de seguir esos caminos virgilianos que caminan, rutas fluviales, agua que apaga la sed de claridad y en cuyo fondo anclan las estrellas.

NUESTRO CATOLICISMO.

El nombre de España va unido al de Contrarreforma. La Contrarreforma tiene aquí un sentido mu-

cho más profundo que el de reacción circunstancial. Trento está en nosotros mucho antes de que se convoque el Concilio, porque somos más papistas que el Papa, con ese ímpetu extremado de nuestras reacciones. Reacción afirmativa de la verdad contra el error, del orden contra el desorden, de la moralidad, que es *veritatem agere*, contra la inmoralidad, que es corrupción lógica en su última raíz. No concebimos la clerecía sin santidad, ni la hidalguía sin ascetismo, ni el amor sin la abnegación rayana en la muerte.

Frente a la categoría de relación nuestra metafísica opone la categoría de sustancia, y nuestra mística aquel sentido objetivo del espíritu como "castillo todo de diamante y muy claro cristal" (Santa Teresa). No somos los españoles, pese a la fama que corre por ahí, quienes gustamos de construir castillos en el aire. El amor a lo concreto nos hace personificar en los autos sacramentales las virtudes y los vicios y hasta los conceptos más sutiles. Realismo que, llevado al terreno axiológico, nos mantuvo siempre, positiva o negativamente, en la cima donde se planteán los problemas últimos, sabedores de que el fin de la vida está allende la vida.

Un día se encuentran y platican en Brujas un valenciano, Juan Luis Vives, nuestro gran embajador espiritual, y un vasco que estudia en París, Ignacio de Loyola. Y ese coloquio marca un momento culminante del Renacimiento español: frente a la euforia y deslumbramiento ingenuo de ciertos anticuarios, el humanismo auténtico, de nervio senequista, que, asido a la roca óptica y teológica, no se deslumbra fácilmente y escribe por mano de Vives una *Introducción a la Sabiduría* —irónica lección de modestia— y una *Apolo-*

gética, y por mano de Loyola un camino de perfección, certero y seco: los *Ejercicios Espirituales*. Bien se le ha llamado el aguafiestas del Renacimiento. Había que hacer hincapié en el hombre, sí, pero cristianizando el *Nosce te ipsum*, sin escamotear nada de su turbia naturaleza ni prometerse demasiado, poniéndole en careo implacable consigo mismo y señalándole un modelo digno de él. Conocimiento de sí mismo para llegar al señorío de sí mismo.

Hoy vuelve a hablarse mucho de que la vida es un quehacer tenso y constante, de que el hombre tiene que ir forjándola. ¡Pues claro! Pero esto no es más que la versión, tocada de relativismo en sus orígenes, de una verdad tan antigua como el hombre y reeditada por España. El Génesis afirma la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios. Cristo ordena ser perfectos como el Padre lo es. Y nuestros clásicos trazan sus caminos de perfección.

No nacimos para vagar por los parajes fríos de la mera crítica, sino para lanzarnos por entrambas vías, la intelectual y la afectiva. Fuimos siempre pensadores de corazón, jamás sentimos el liberalismo en lo que tiene de indiferencia. ¡Liberalismo y pasión de nuestro siglo XIX! Ni formalismos ni tecniquerías. Sentencias rotundas del que está en lo cierto: "Herejes son una a manera de gente loca...", dice el Rey Sabio ya en el siglo de la Escolástica, y no hay más que hablar.

* * *

Por su intrínseca dignidad y por su influencia histórica el Catolicismo es nuestro primer valor espiritual, vínculo y nervio de España. Desentendiéndonos.

de él fuera imposible entendernos. Nuestra historia quedaría amputada en sus propias raíces, y reducida a límites irrisorios. ¿Qué restaría de nuestra literatura y de nuestro arte, si prescindieramos de la inspiración e inquietud religiosas? La iconoclastia republicana tuvo por fin que detenerse, porque era España entera la que se reducía a escombros si persistían en destruir cuanto tenía sello católico.

El Catolicismo ha sido la verdadera Patria. Como nación, fuimos forjados por la Iglesia. ¡Con qué generosidad se plantea San Isidoro la cuestión de las relaciones entre la Iglesia y el Estado —claro que no es esta su terminología— sin temores de entronetamiento ni asepsias conceptualistas! No es que involuocráramos los valores religiosos y los políticos, sino que conjugamos de tal suerte ambas vivencias, que se compenetraron en la misma unidad, y las agresiones a la conciencia católica fueron consideradas siempre como heridas en el propio corazón de la Patria. La Santa Inquisición es el reflejo de esta situación comprometida. Herejía suena a alta traición. Felipe II, que tal vez sólo aspiraba a seguir su política española, tiene que ser ineludiblemente campeón del Catolicismo contra los protestantes y contra algún Rey Cristianísimo que se aliaba con los turcos y ayudaba a los protestantes. La Inquisición, como ha dicho recientemente el Marqués de Lozoya, conviértese, al salvar la unidad religiosa, en clave del Imperio. Las expulsiones de judíos y moriscos no obedecen a un afán racista, sino a una política espiritualista nacional. Pureza de sangre es pureza de alma. Necesitábamos unidad y unanimidad, y lo que otros pueblos han hecho en nombre de la raza y del instinto de conservación, nosotros

lo hicimos siglos antes en nombre del espíritu, es decir, en nombre de Dios.

Pueblo de teólogos el nuestro, unos lo fueron con Dios y otros contra Dios, pero ninguno logró despreocuparse de El. No fué por azar por lo que la horda roja se ensañó con los católicos, ante la extrañeza de algunas gentes cándidas, mientras al propio tiempo sus dirigentes más hábiles y *leídos* blasonaban de ser "tan católicos como el primero". La pretensión de ser estrictamente católico, con santa indiferencia por las formas políticas, nadie pudo tomarla en serio, porque no cabe trasladar al plano histórico ciertas diferencias teóricas que aquí perdían su virtualidad.

Tuvimos siempre conciencia clara de que el problema del hombre en el Estado, o es pura mecánica, o es problema ético, pendiente de la cuestión misma del bien y del mal, del ser o no ser. Por eso, al cabo, hubimos de conjurar el peligro a la desesperada.

Profesamos un sentido teológico de la autoridad, ávido de afirmaciones y garantías absolutas. Mientras en otros pueblos un Maquiavelo puede escribir *Il Principe*, nuestros clásicos seguirán limpiamente escribiendo desde sus celdas provincianas aquellos tratados incommovibles sobre el Príncipe cristiano y el Reloj de Príncipes, y cuando El Escorial parece ya pesar demasiado sobre una dinastía decadente, todavía quedan monjas que escriben amonestando a su Rey, y un D. Francisco de Quevedo que traza su *Política de Dios y Gobierno de Cristo*.

Frente al *auctoritas, non veritas, facit legem* del Leviathan, nosotros consideramos como razón del Poder el *veritatem agere*. Por eso nuestra política acelera su descomposición cuando comienza a descompo-

nerse la verdad, Aparisi y Guijarro se exaltaba como un profeta: "Este pueblo, si un día llega a separarse de Dios y de su Iglesia, no esperéis que vaya a creer en otros dioses, no creará en ningún Dios." No valía la pena emanciparse de la autoridad divina para supereditarse luego a la humana. El quebrantamiento del vínculo religioso implicaba la ruptura de toda norma. He ahí cómo el racionalismo aboca en un estallido más o menos ruidoso de la armonía y de la paz. Chesterton lo ha dicho agudamente: "No ha habido éxtasis, no ha habido festival racionalista. Los hombres están de luto por la muerte de Dios." ¡Con qué indignancia doctrinal llegó a hablarse últimamente de la "pacificación de los espíritus"! ¡Como si la paz y el orden pudieran brotar de principios anárquicos! Habían tomado a Dios medio en broma, y luego les chocaba que el pueblo tomase a broma a un rey, a un ministro o a un guardia civil.

En esta interpretación teológica de la autoridad arraigó nuestra Monarquía. "El Rey es el alférez de Dios sobre la tierra." En su Proemio a las Partidas escribe el Rey Sabio que se mueve a componer su Código "por dar ayuda e esfuerzo a los que después de Nos reynasen, porque pudiesen mejor sufrir la gran lazería e trabajo que han de mantener los reynos, los que lo bien quisieren facer".

Decir Monarquía española es decir monarquía en serio, título supremo para ejercer la justicia, última palabra y decisión, pero también trabajo y responsabilidad sobrehumanos. ¡Aquella Danza de la Muerte, pavorosa y concreta, que no perdona a nadie! ¡Aquella Jura de Santa Gadea! ¡Aquellos juicios de Dios y aquellos reyes emplazados! Un poeta insigne de Cas-

tilla, ya citado, lo ha expresado reciamente en *La que-
rella*:

*... Si su señoría remedio no toma,
irán nuestros pleitos al Papa de Roma
o le emplazaremos delante de Dios...*

¡El Papa y Dios! A través de los tiempos y de tan-
tos ensayos políticos, todavía no han hallado los hom-
bres mejores garantías de su buen gobierno.

* * *

Hubo gentes de tal miseria ideológica que, des-
pués de deberle a su raigambre religiosa lo que con-
servaban de humanidad, intentaban sustituir el Cato-
licismo por nuevos ideales laicos. No advertían, digo,
que, a pesar de su apostasía, el Catolicismo les había
suministrado los jugos de que aún seguían nutrién-
dose.

Afortunadamente, ya es hasta de buen tono el pro-
fesarlo. Pero conviene puntualizar. Si no cabe susti-
tuirlo, tampoco es decoroso considerarlo como mero
aglutinante político, o mantenerlo por inercia, o rele-
garlo a la esfera del sentimiento.

La unidad de un pueblo ha de ser ante todo espi-
ritual: ¿cómo, pues, iba a prescindirse de la necesidad
primaria del espíritu? Mientras la autoridad civil per-
dió su valor de dirección, la Iglesia lo mantuvo. El
Punto XXIV de la Falange, que propugna la incor-
poración del sentido católico a la reconstrucción na-
cional, es el reconocimiento solemne de estas verdades.
La Iglesia, cuyas relaciones con el Estado llegaron a
estudiarse con un recelo que da grima, es la mejor
colaboradora desde el momento que le inyecta el "má-

ximo ético" y obliga al hombre en conciencia a acatar la autoridad y a sacrificar su bien privado al bien común. El espíritu religioso, al no conformarse con simples exterioridades y poder llegar mejor al fondo de los hombres, es el mejor factor de disciplina. La cantilena laica del deber por el deber está ya desprestigiada en el campo jurídico, y sería inocente traerla al de la política. Pensadores tan poco sospechosos como Bergson se han vuelto tiempo ha contra la creencia, más o menos taimada, en los puros resortes racionales. "Bien está —viene a decir— nuestra admiración creciente por la función especulativa; pero cuando algunos llegan a afirmar que ella sola se basta para refrenar el egoísmo y las pasiones, vienen a demostrarnos que no han sentido en sí ni uno ni otras. Que sea enhorabuena." Más rotundamente lo había dicho nuestro Luis Vives en su latín cincelado, que duele traducir: "¡Palabras necias de hombres que no se escuchan a sí mismos! Si no tengo ante mí otro horizonte que el curso de esta vida, si no siento sobre mí la mirada de Quien escruta y conoce mi conciencia, a qué mandarme sacrificar mis bienes materiales por otros ultrasensibles?... La justicia, las virtudes todas, el amor y la gratitud y la fortaleza y la continencia, y cuanto hay de noble y preclaro en los hombres, sólo respecto de Dios se afincan y ejercitan decentemente, y, en prescindiendo de El, resultan vanas y ridículas.

Ahora bien, no olvidemos que el Catolicismo, antes que factor de gobierno, incluso antes que doctrina, es religión revelada. No es lícito, sin más ni más, ir pinzando su contenido ideológico y su deontología moral para ponerlos al servicio de un partido, ni siquiera al servicio de la Patria. Cuanto tienda a velar sus fun-

damentos y fines sobrenaturales es abusivo, y a la postre desnaturaliza su eficiencia política. Hoy estamos llamados a defender el tradicionalismo católico, no ese otro tradicionalismo de genuflexiones espectaculares ante la Iglesia Romana, por romana y no por Iglesia, que destaca su disciplina y su historia, pero desconectándolas de la gracia, que es el secreto de esa historia y de esa disciplina. Sería caer en una actitud análoga a la que tentó a muchos nuevos ricos de la cultura, cuando lamentaban más la pérdida de un templo artístico que la profanación de su Sagrario. Sin duda que a nuestra distraída sensibilidad le resulta aquélla más amarga; pero cuando rectificamos el pensamiento advertimos la enorme aberración axiológica.

No es tarea del Catolicismo que pudiéramos llamar oficial, sino de todo católico, la reconquista de la fe viva.

Comprendo que para algunas gentes, dormidas al arrullo de tantos párrafos, por lo demás exactos en su fondo, sobre nuestra legión de santos y místicos, Reconquistas y Cruzadas, Santiago y cierra España, etc., etc., afirmar la inercia religiosa de un gran sector español puede sonar a desahogo de mal humor o a descarga efectista. Sin embargo, no creo lícito considerar definitivo el Catolicismo de un pueblo mientras queden católicos acogidos a la dulce fórmula del que "no practica", o despistados que se forjan un Catolicismo a su medida individualísima —solución feliz con la que hubieran podido seguir en el seno de la Iglesia Lutero y Enrique VIII— o, en fin, seres ingenuos que se consideran cumplidos porque los bautizaron, los casan y los enterrarán conforme al rito católico, y mientras viven son los primeros en celebrar las Navidades

comiendo turrón, y San José comiendo buñuelos, y San Isidro yendo a los toros, es decir, en participar entusiastas en cualesquiera manifestaciones, más a menos nutritivas, de la liturgia civil.

Cierto que a muchas almas, en su tosquedad de vida, Dios les ofrece atajos graciosos, de suerte que allá habrá algunas sorpresas. Pero esto no permite tentarle ni vivir esperando promesas solemnes sin cooperar a su cumplimiento. Cristo prometió su reinado en España. No vayamos a entender la palabra divina como la entendió el pueblo judío, predilecto también, y por todo trono acabemos levantándole otra Cruz. Caben saltos excepcionales, gritos de fervor que redimen toda una vida; pero no presunciones ni componendas. Porque es imposible, y muy incómodo además, servir a dos señores.

Flota sobre el mundo, en frase de Huizinga, aparte otras más espectaculares y horribonas, una nube de palabrería, y parece que la desproporción entre el cuerpo y el alma de la humanidad no logra equilibrarse con técnica ni retóricas, ni siquiera con sangre. Persiste desigual aquel balance, acusado ya en su tiempo por Montalembert. La técnica cuya misión providencial era liberarlo de la materia, más bien esclaviza al hombre, y éste sigue entregado a la descomunal tarea de ir eliminando el espíritu. Lo que en un principio pudo parecer un juego sucio de descristianización ha ido convirtiéndose —y esto lo ven ya hasta los ciegos— en deshumanización.

Pensar que este mal se cure con el tiempo, por no sé qué artes mágicas o a cañonazos, es una de tantas divertidas historias que el diablo cuenta a quienes quiere perder. Un día bajaba Cristo del Tabor y le pre-

sentaron un endemoniado. Cristo le sanó. Los discípulos, que en vano habían intentado ya sanarle, preguntarle al Maestro: “¿Por qué, Señor, no pudimos nosotros lanzar ese demonio?” Y el Señor les responde simplemente: “Esta clase de espíritus sólo se lanzan con oración y ayuno.” He ahí el remedio: la purificación interior que lance tanta preocupación artificial y torne a alumbrar con dolor en el hombre las nociones lúcidas y esenciales: Dios, el alma, la vida, el bien, el mal, el deber. So pena de ir reduciendo la vida social a una selva con ferrocarriles, paraguas, periódicos, dientes de oro y demás cosas, y al hombre a una incierta aventura, menos aún, a la “sucia tormenta” de Nietzsche.

La superación de lo sensible por lo espiritual ha sido el secreto de la perfección aun antes del Cristianismo. Pero el Cristianismo nos confirmó en la gran verdad de que Dios no es un ente con quien podemos encontrarnos alguna vez, sino camino y vida del hombre. No es sólo el Juez misericordioso o inflexible de última hora, sino la sanción a cada paso; ni menos una aspiración fugaz en instantes de lirismo o de angustia, sino gravitación personal en la radicalidad de nuestra existencia. Se puede soslayar lo que no trastorna nuestro mundo con tenerlo o no tenerlo en cuenta; resulta, en cambio, muy expuesto prescindir de lo Absoluto, porque lo Absoluto se cierne sobre nosotros y nos hace expiar esa usurpación.

Por eso el Año Cristiano ofrece un desfile imponente de grandes caracteres, y las naciones católicas se nos muestran con una gravidez reconocida por los mismos enemigos. Descuidar este cuño cristiano, más

propriadamente este bautismo, sería desertar de nuestra personalidad, *desalmarnos*.

Lo que en nosotros sería imperdonable, porque en el alma española se han sucedido con verdadero despilfarro, si cupiera hablar así, los injertos sobrenaturales, y todavía nuestro vuelo místico sigue marcando el ápice del espíritu humano. Por las trazas, somos los llamados a mantenerlo en esa altura y a reducir a unidad la muchedumbre de anhelos fragmentarios que cruzan el mundo. España, gran potencia espiritual. Resulta interesante recordar ahora que el Escorial surgió al propio tiempo que el Vaticano, y que la primera piedra del que Pfandl ha denominado "monumento de la España eterna" fué colocada el mismo mes y año de las conclusiones tridentinas.

NUESTRO IMPERIO.

Por este destino de gran potencia espiritual estuvimos siempre más llamados a la cruzada y a la misión que a la mera conquista, y aun los incapaces de comprenderlo fueron más prestos a la aventura que al negocio.

En nuestros reyes y en nuestros teólogos juristas el Imperio no surge como cuestión de espacio vital, sino de ámbito y rango espirituales. Ni aquéllos son de sí belicosos —cartas y documentos cantan— ni, cuando sus capitanes llegan a someter al mundo, se les ocurre a los otros en los libros o en la cátedra hacer la apología de la guerra. Conviene apuntar este clima de libertad cuando se habla de nuestra Monarquía absoluta. Vitoria analiza con escrupulosidad serena las

razones de la guerra y de expansión; Fray Luis de León, a quienes pretenden ser señores de otros hombres, predicales el señorío de sí mismos; Luis Vives examina la cuestión de la concordia y la discordia y deja traslucir su desdén senequista: *Nunc sacculus iste angustus, tam exiguis rebus non plenus modo, sed etiam redundans... tam citò periturus, quantas movet tragedias!*

El drama español —piénsese un poco en ello— no es el de quien busca a ultranza nuevos horizontes, sino el de quien va descubriéndolos incesantemente y tiene que afrontarlos. Siglos antes de que en un momento de escepticismo y cansancio un grupo de españoles propugnasen el retiro de España y hablasen de darle siete vueltas a la llave del sepulcro del Cid, en los esplendores del Imperio, el pueblo castellano añoraba el hogar, y el propio Carlos V le confesaba a su hermana, la intrépida María, cuán contra su gusto se veía lanzado a tantas guerras. El gran Emperador se retira voluntariamente a Yuste, y Felipe II, en el cenit de su grandeza, se refugia en El Escorial. La paz era su sueño. Sino que iban hacia Dios, y Dios les había exigido un camino muy arduo: el Imperio.

Por sutil paradoja, en aparente pugna con la máxima evangélica, llegamos a un trance en que tuvimos que conquistar el mundo para salvar el alma. Paladines de la unidad católica frente a la dispersión, martillo de herejes, salvamos a costa de nuestra sangre y de nuestra paz y prosperidad económica, no sólo el decoro de Europa, sino la propia metafísica del mundo. Fué entonces cuando renunciarnos a ser una nación confortable, para ser brazo y espada, embajadores y soldados de Dios. Sin pretender aquí ir desc-

frando la constelación española que entonces se cierne sobre el planeta, digamos que nos venía esta vocación de antaño, y le fuimos fieles: el ímpetu de Vicente Ferrer y Ramón Lull llegaba con Ribadeneyra a Buenos Aires y con Junípero Serra a California y con Francisco Javier hasta las Indias japonesas.

Con las inevitables escorias de toda empresa realizada por hombres, esa fué nuestra empresa. Ruinosa para los ojos de la carne, escándalo para los gentiles, se nos ha reprochado por quienes, creyéndose imperialistas y colonizadores, sólo fueron piratas de alto estilo o cónsules y representantes comerciales, absolutamente desentendidos de las almas. Lo nuestro era otra cosa. Por eso se revela bajo el signo de la fraternidad y corre tantos riesgos. Mientras, de Roma acá, todos los imperialismos profesan, más o menos expresamente, la desigualdad de derechos, el nuestro estriba en el principio de un derecho de gentes común a todos los hombres, fieles e infieles, y en el deber de evangelizar a éstos. "A vosotros —canta Camoens— escasos cuanto fuertes portugueses, que sin medir vuestras cortas fuerzas, vais extendiendo la ley de vida eterna, aun teniendo que arrostrar mil muertes; a vosotros, designados de antemano por el ciclo para hacer mucho, con ser tan pocos, en pro de la santa Cristiandad..." (*Os Lusíadas*, pág. 172, trad. M. Aranda.)

En los autores del siglo xvii adviértese esta visión lúcida del rumbo misional del Imperio, y el propio Quevedo, en una de sus apologías, explica el sinfín de calumnias, que ya entonces les van lloviendo a los españoles, por la poca ambición de España. Poca ambición o ambición sobrehumana, traspasada de aquel magnífico olvido de tantas cosas que otro prefirieron.

Gran lección la nuestra. Para entenderla basta evocar aquel punto en que coinciden nuestro apogeo temporal y nuestro raptó místico. Sólo los muy sagaces, algún banquero que en Ginebra, en Augsburgo, en Bruselas, en Génova, en Florencia fué apuntando las cuentas del Emperador, o los muy humildes, para quienes el sol sí se pone todos los días, podrían oír la carcoma que comienza a minar nuestro poderío en el momento mismo de alzarse El Escorial. Pero aún quedan muchos años de esplendor. Y es entonces cuando pasa una ráfaga de ascetismo y volvemos a medir bien las diferencias entre lo temporal y lo eterno, y las sentencias del Eclesiastés nos van desilusionando a lo divino y dejándonos un sabor de ceniza y un tedio invencible por las cosas caducas; cuando Juan de la Cruz nos enseña a tener en nada aquellas grandezas, y Teresa de Jesús se abisma en su castillo interior, y Juan de los Angeles se lanza a la conquista del reino de Dios.

Esto no es retórica, esto es historia exacta y literal, fragmento borroso del cuadro. Fué así. Quizá la predilección divina hacia nosotros en nada se muestre mejor que en este fino cuidado con que nos frenó siempre con penas y agobios económicos y fuimos maestros de ascética en los momentos propicios al hedonismo. Ante la historiografía miope del siglo XIX España hubiera podido alegar, si no sonase a irreverencia, que tampoco su reino era de este mundo. Se ha comentado en todas las literaturas nuestro sentido racial de la muerte. Divino tormento del morir por no morir. Contrapunto de las coplas quebradas de Manrique. Más bien lo que en él late es el sentimiento de inmortalidad, afilado por el desencanto de la vida, la nostalgia incurable de un

inundo ultraterreno, cuya última expresión, ya excesivamente manoseada, son los luceros de la Falange Tradicionalista. Allá en tierras de Rusia, en esa División Azul brotada de unas venas aristocráticas, que después de tres años de pasión parecían ya exangües, un gran poeta, Dionisio Ridruejo, sigue interpretando fielmente la vocación española:

... *Estoy viviendo?*

*¿No es de la eternidad el seco rostro
este infinito mundo abandonado;
este olvido infinito que recorro?*

... *Señor, creo en tu sueño que despierta a la vida,
a la vida absoluta, ya despierta y sin curso.*

* * *

Hoy pensamos en la suerte de España con voluntad de Imperio, y arde en los ánimos un afán que dista mucho de ser ambición o codicia.

Fuera torpeza insigne, y más en este 1943 hirviente, en que todo pueblo ha de sentirse cazador de horizontes, propugnar una política imperial puramente espiritualista. El Imperio entraña fines terrenales. Los valores humanos exigen un soporte material, el poder y la fortaleza son necesarios para mantener el prestigio e incluso para mantener el espíritu, y no vale confundir ahora la superación ascética con la impotencia senil.

Por fortuna, cerróse aquel largo paréntesis en que, roídos por los cuatro costados, en un ambiente de casa tronada, aprendíamos nuestra historia como pobretes que oyen contar grandezas imposibles de volver, tan maravillosas en su lejanía, que uno llegaba a pensar si

serían puro consuelo de la imaginación. La nostalgia venía a doblar la pesadumbre. Recitábamos en la escuela aquellas lecciones con la misma melancolía con que leíamos el *Quijote* como un cuento de risa... Ya no. Hemos visto con nuestros propios ojos, y los demás también, que aquellas hazañas pueden repetirse.

Algunos temen la penuria de medios materiales. Conviene recordar que estamos habituados a esa desproporción de medios con que hemos realizado siempre nuestros fines. El ejemplo de la Cruzada es terminante. Nuestra expansión en Europa y en América cudió en una época de crisis interna, no de bienestar y sobra de energías.

Con todo, importa salir, aun en lo material, por los fueros del espíritu, porque es el que a la postre sobrevive y se impone. Pensemos que, cuando declinó nuestra estrella política, mientras del paso de otros poderes sólo quedarán tractores y turbinas y botes vacíos de mermelada, de nuestro paso quedaron catedrales y universidades, buena siembra que hoy nos devuelve a los pueblos de América con una efusión conmovedora. Pueblos que se distanciaron, más aún que al consumarse nuestra decadencia material, al desvanecerse nuestra ejemplaridad. ¿Qué mucho que ellos no creyeran y hasta renegaran de nosotros, cuando nosotros ya habíamos perdido la fe y renegábamos de nuestro destino? Ha bastado nuestro bautismo de sangre para que los movimientos más jóvenes y más puros de América vuelvan a creer, y España entre en vías de recobrar su prestigio de "eje espiritual del mundo hispánico".

Su prestigio y su responsabilidad. Porque escandalizarlos ahora sería perderlos para siempre.

NUESTRO INDIVIDUALISMO.

Por donde quiera que cortemos en nuestra historia surge el nervio individualista. “¿Quién fué el ignorante —exclama Don Quijote— que firmó mandamiento de prisión contra un tal caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus premáticas su voluntad? ¿Quién fué el mentecato, vuelvo a decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el día que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería?”

Pero entendámonos. Esto es caballería andante, no individualismo egoísta y anárquico. No es desentenderse de las vidas ajenas, sino salir del propio hogar a enderezar entuertos; no es hurtarse a la ley, sino sentirse intérpretes de una autoridad, suprema fuente de las humanas, darle a la conciencia su dimensión transpersonal, más allá de formalismos y formulismos. Sería inocuo desconocer nuestro afán de mando; pero conste que lo deseamos para hacer justicia.

Cuando el Duque le dice a Sancho que es “dulcísima cosa el mandar y ser obedecido”, y éste le responde: “Señor, yo imagino que es bueno mandar, aunque sca a un hato de ganado”; cuando vemos cómo la promesa de gobernar una ínsula mantiene fiel a Sancho a través de tantas desazones, llegamos a indignarnos con su ambiciosa memez. Pero ¡qué error! A pesar de sus cuentas ingenuas y epicúreas, al realizarse por fin sus sueños de gobernador, lo cierto es que apenas

si puede probar bocado y se dedica a administrar justicia con un tino digno de Salomón. Como luego, derrotado su señor y maltrecho, ya sin ínfulas ni esperanza de haberlas, extrema su fidelidad hasta la muerte.

Dicho en pocas palabras: el genio de España ha mantenido un concierto ejemplar entre los valores individuales y la universalidad de los principios. En la vida española juegan un papel decisivo los solitarios. El nuevo Estado alboréó en la soledad apasionada de algunas conciencias. Lejos de nacionalizar mezquinamente el pensamiento, lo proyectamos desde la intimidad del hombre al mundo. ¿No querrá esto decir que en ese hombre es donde hay que buscar las raíces de la universalidad? ¿Que ese individualismo se nos muestra como una de las más puras fuentes de grandeza, y no cabe desecharlo sin miramientos, sino encauzarlo y sacar partido de él?

Ante todo, hay que beber en nuestros clásicos la noción clara de libertad, para saber a qué atenernos cuando rozamos estos temas.

La libertad no es la suspensión en el vacío, que significaría la falta de normas, ni la movilidad caprichosa y sin lastre. Es don profundo de madurez, que no se muestra en los pequeños y fáciles gestos cotidianos, sino en las grandes decisiones que comprometen nuestra vida, esta vida que vamos forjando a fuerza de anhelos libres y de renunciamentos libres. No somos más dueños de nuestra voluntad cuando desertamos de un deber que cuando nos sacrificamos por él. Mucho más libre que la heroína de Ibsen, que cree vivir su vida, cuando lo que hace es fluctuar lastimosamente a merced del antojo o de la impresión pasajera, es

cualquier mujercilla que resiste los halagos de lo transitorio y le sacrifica su propia pasión.

Ciertamente, la rebeldía ha deslumbrado al hombre, como deslumbró a los ángeles. Incluso es comprensible la tentación del que un día se siente ahito de presiones autoritarias y se lanza a salga lo que salga con la pretensión demoníaca de romper toda norma. Pero estas salidas no suelen producirse en épocas de verdadera autoridad, sino en épocas de relajación, cuando la autoridad es una sombra de orden. Sería injusto olvidar cerradamente aquel colosal dinamismo desordenado de ciertas individualidades del siglo XIX, que siempre valdrán más que las piruetas afeminadas de algunos contemporáneos. Nuestro siglo XIX se caracteriza por su pasión política, colmo de sus otras pasiones particulares, por su hastío de lo concreto, por su afición a tomar por ideas universales lo que no pasaba de conceptos singulares generalizados a la ligera, por aquel retocar a su gusto lo real para hacer más fácil y rotunda la síntesis oratoria, por su irrefrenable deseo, en expresión de José Antonio, de "echarlo todo a rodar", impulso característico de las épocas degeneradas.

Pero, como el mismo José Antonio advertía, "para que el siglo XIX pudiera darse el gusto de echar los pies por alto, fué preciso que siglos y siglos anteriores almacenaran reservas ingentes de disciplina, de abnegación y de orden..." "Y he ahí —añade— la tarea de nuestro tiempo: devolver a los hombres los sabores antiguos de la norma y del pan. Hacerles ver que la norma es mejor que el desenfreno, que hasta para desenfrenarse alguna vez hay que estar seguros de que es posible la vuelta a un asidero fijo."

No es que sintamos nostalgia del rebaño ni queramos marchar lana contra lana y la cabeza caída, maestro Ortega, es que después de tantos lustros de aislamiento liberal urgían el yugo y las flechas para que el español volviera a sentirse español, que es ser dos veces hombre.

Ahora bien, aunque ambas se estimulan mutuamente, para tomar en serio la vida nacional hay que tomar en serio la vida individual. Para revolucionar a los demás hay que revolucionarse previamente a sí mismo. La disciplina, que hoy tan vivamente propugnamos, tiene raíces interiores, personalísimas. Ser disciplinados no es ser *uno de tantos*, sumarse al conjunto con espíritu de manada, sino poner la personalidad individual al servicio de ideas transpersonales, encarnadas en la autoridad. No es cuestión de renunciar al pensamiento, sino de pensar bien. Sumisión activa, no automatismo pasivo, indigno del hombre, y al cabo funesto para el mismo Estado. Cuanto más cultivados, más amplio y vario caudal de energías frescas podemos aportar a la vida nacional. No es lo mismo echar a andar en tropel que obedecer con el entendimiento y la voluntad, potencias hasta ahora individuales. A un rojo le oí confesar un día algo que confirmó mi esperanza durante el cautiverio; volvía él de un mitin comunista, y por todo comentario sentenció entre dientes: "Allí sobraba gente y faltaban personas." La sentencia era de muerte, y valía por un tratado de Derecho político.

No hay perfección ni disolución social que no comience por la del hombre, y en él es donde hay que ahincar el aguijón para que salte de la masa, donde hay que ajustar esa ecuación entre la vida pública y la

privada, que el español ha exigido siempre para andar confiado. Ni el individuo puede lograr sus fines temporales sin el Estado, ni el Estado puede funcionar sin la savia personal y concreta del individuo, no de la entelequia rusoniana o del hombre en serie, sino del hombre de carne y hueso, mejor dicho, de cuerpo y alma. Por eso todas las instituciones que tienden a la formación individual redundan en pro del Estado y le preocupan. Por eso, en fin, el patriotismo exige a veces la abnegación absoluta, y a veces la rebeldía absoluta y leal. Por eso caer por la Patria no es desaparecer, sino transfundirle nuestra propia vida, un rasgo de nuestra radical inmortalidad.

La igualdad humana, al modo de los teorizantes demócratas, ningún español la ha compartido, ningún hombre cabal puede compartirla, porque es mero producto del resentimiento, ciego para la propia psicología. Es más humano el afán de superación, que es el que le da su verdadero sentido a la jerarquía. La ejemplaridad de los pocos ha de preceder y sostener necesariamente a la docilidad de los muchos. El seguir es posterior al guiar y orientar. Lo que en el pueblo suele ser sentimiento vago, en la jerarquía ha de ser idea y propósito concretos. Eso que admiramos en el alma colectiva —valga la frase ya acuñada— es el resplandor de una constelación que traspasó de luz la masa oscura, y gracias a esos hombres que la Providencia lanza oportunamente al mundo, el mundo sigue en pie. Lo que importa es ayudarles fielmente, lealmente, sintiéndonos partícipes de su misión.

* * *

En este punto estimo inserto el problema univer-

sitario y el de la cultura en general. Las armas y las letras han vuelto a unirse, como en los buenos tiempos, y a los universitarios nos toca ser otra vez la conciencia de España y del mundo.

Esto de la cultura se puso tan perdido durante la República, que determinó una reacción contra el narcisismo de ciertos intelectuales y una fuga hacia el pragmatismo. Como ya hemos advertido, conviene serenar el ánimo. Por dolorosa experiencia sabemos lo que ya nos había enseñado la Historia: como en la Grecia clásica, como en el crepúsculo de Alejandría, como en la Viena o el París de la postguerra, el puro intelectual puede ser al mismo tiempo un hombre abyecto e inútil, y pueden coincidir en un mismo período, en una misma cátedra, en un mismo libro, grandes maravillas y enormes desvergüenzas del pensamiento. ¡Cuánto filósofo improvisado, hurgando aparatosamente en lo accesorio y fácil, y hurtándose a lo difícil y esencial! Cuánto maestro zorro, que, al ir a leerle con hambre y sed de verdad, nos entretiene con artificios y nos da apenas su verdad, un conceptualismo desvitalizado y sordo para la auténtica problemática humana!

Pero Dios nos libre de negaciones simplistas. Reduciendo la cuestión a sus conclusiones —precisamente por ser la que más de cerca me importa, temo enfocarla en toda su amplitud—, entiendo que ha llegado la hora de que la Universidad española recobre su prestigio de “poder espiritual”. Mal nos irá si no lo recobra: mucho peor de lo que algunos piensan. Para lograrlo sobran los gargarismos retóricos en torno a nuestras gloriosas universidades y urge actualizar su espíritu y mantener aquella finalidad que le asignaba

a la cultura nuestro Vives: *Ut inhaerentes veritati, juste vivamus.*

La auténtica sabiduría, entendida al modo español, tiene una gravedad que no tolera pifias éticas. Claridad mental y claridad moral. Urge levantar en vilo al sofista, débil de voluntad y con escaso lastre en el alma, y restituirle a su patria, sustituyendo la Enciclopedia por la *Summa*. Las enciclopedias nacen en un siglo que quiso saberlo todo, mejor dicho, hablar de todo, sin llegar a la raíz unitaria, que sustituyó la jerarquía de verdades por los conocimientos fragmentarios en un mismo plano, reemplazando el orden ontológico del saber por el orden alfabético, que en el fondo es desorden absoluto. Su ciencia es ciencia para soltarla, caudal que pasa del libro a la palabra o a la pluma sin dejar huella en la persona. Las *Summa* y las *Opera Omnia* de nuestros clásicos ofrecen, en cambio, esa contracción a lo esencial, que es la austeridad de la sabiduría y se hace nervio de la conducta.

Nuestro servicio universitario está pidiendo un esfuerzo heroico y yerran quienes pretenden prestarlo con el mínimo esfuerzo. Ni catedráticos desertores que rehuyen serlo de veras, ni mozos que acuden con demasiadas prisas para formar luego en lo que ya Balmes denominó con alarma "la plebe de la inteligencia". La Universidad —unidad y universalidad— no puede ser trampolín de ambiciones o una *salida* para quienes no se les ocurre otra, sino que exige una disciplina y una vocación clara y de por vida, como la sacerdotal y la militar. Pongérese en toda su trascendencia este insigne privilegio universitario que man tiene en estrecho "ayuntamiento" la juventud y la madurez. Impetu y medida, generosidad y rigor. Y un

señor inmediato, la verdad, con que servir a todos los señores.

Esta era la Universidad española, seminario de espíritus, y éste el secreto de su Facultad de Teología, ápice y clave de sus saberes. Sólo quien se haya asomado superficialmente a nuestro mundo puede dejar de advertir el desequilibrio radical que implica su falta.

COLOFÓN.

En nuestros apologistas suele asomar cierta tendencia a exaltar las glorias españolas con un patetismo que suena a oración fúnebre. Dijérase, leyendo a algunos, que hasta creernos bien muertos no sonó la hora de las alabanzas. Y nosotros mismos corremos el peligro de contemplarnos, como contemplamos, por ejemplo, el esplendor del genio griego: un pasado todavía rutilante, del que vivimos aún espiritualmente, pero ya fenecido. Como esas estrellas cuya luz sigue alumbrándonos después de apagadas.

Estas interpretaciones, más o menos románticas, no tienen justificación dentro del tradicionalismo en que hoy quiere desenvolverse España. Sin necesidad de reiterar aquí el concepto vital de tradición, baste saber que no estriba en vivir de recuerdos, sino en continuar la historia. La pérdida del sentido tradicional llegó a desarraigarnos, a expatriarnos, y para vencer la consiguiente decrepitud hubimos de luchar a vida o muerte, buscando la conjunción feliz del linaje y del ímpetu, de la nobleza heredada y del valor para ponerla a prueba todos los días. Esta fué siempre la doctrina tradicionalista, mucho más progresiva que la de los llamados progresistas.

Este es al cabo el verdadero alcance del progreso, término que entonteció a tantas gentes, y sobre el que hoy pesa un silencio también *progresivo*, casi absoluto. “Sería de gran interés —confiesa Huizinga— ver representada en una curva la velocidad con que la palabra progreso está desapareciendo del vocabulario usual.” El propio Ortega —de intento dejamos aparte a los maestros del tradicionalismo— ha señalado el entronque del progreso y la tradición: “Las gentes frívolas piensan que el progreso humano consiste en un aumento cuantitativo de las cosas y las ideas. No, no; el progreso verdadero es la creciente intensidad con que percibimos media docena de misterios cardinales, que en la penumbra de la Historia laten convulsos como perennes corazones.”

Para esta percepción requiérese mirada y voluntad limpias, y en ello quisiéramos insistir para cerrar nuestras consideraciones.

Alguna vez, antes de iniciarse el Movimiento, oía uno en ciertos ambientes hablar de la civilización amenazada, del patrimonio nacional en peligro, etc., y pensaba allá para sus adentros: ¡qué interesante ir preguntándole a cada cual, sonsacándole hábilmente lo que él entiende, lo que va imaginando a cada una de esas lamentaciones; más todavía, dispararle a boca de jarro esta pregunta perentoria: ¿qué es lo que salvaría él del naufragio! Y era desalentador cerciorarnos de cómo la mayor parte de las cosas que hubieran salvado aquellos hombres apenas merecían que nadie arriesgara un solo cabello. Estos son, naturalmente, los que ahora chillan, los que creen que la normalidad es el mantenimiento a ultranza de su rango. Les hicieron un pequeño rasguño, a algunos por do más pe-

cado habían y creen que la revolución nacional se hizo para devolverles a ellos el puesto perdido por su perversidad.

A este filisteísmo frívolo no se le puede dar cuartel. El frívolo es un hombre a medias. La frivolidad es detestable por aquel convertir lo accidental en esencial, por aquel flotar sin raíces y andarse de continuo por las ramas. No es capaz de sacrificios, porque el sacrificio consiste en poner un bien a los pies de otro bien más alto, jerarquizando los valores, y la frivolidad no sabe de valores, sino de modas. Estos conceptos férricos han perdido su fuerza originaria en el lenguaje corriente; pero entiéndase que tan frívolo como el tipo de mujer que solemos calificar de tal es, por ejemplo, el financiero que considera el dinero como un fin, el noble que se desentiende de la voz de la sangre, el funcionario que desvirtúa su función, el labrador insensible a las llamadas de la tierra, el que piensa tan sólo en escalar la gran cucaña de los cargos, o el otro que quisiera poner la revolución a su servicio, y en alzándose que se alzara él con su parte, ya lo daría todo por logrado. En estos tipos de la fauna humana falta el ajuste valorativo, y éste es el secreto de que sus buenos propósitos, que no dejan de tenerlos alguna vez, tarde o temprano se los lleve el viento, puesto que no se quedan encajados en una norma, sino sueltos y en vagabundaje por la superficie de la personalidad.

Es muy cómodo creer que sólo los santos están llamados a la santidad, y sólo los héroes al heroísmo. Los llamados son todos, sino que muchos desertan. Demás de que debemos volver a la sobriedad, y no tomar por heroísmo el estricto cumplimiento del deber, ni confundirlo con la violencia. Importa no sólo sacri-

ficar la vida, cuando en una ráfaga de estruendo bélico hasta nos tienta la muerte, sino sacrificar los goces fáciles de esa vida cuando ya no hay marchas triunfales, cuando nuestro sacrificio, silencioso y anónimo, puede parecer una gota sorda en el vacío y con un mero encogimiento de hombros lo eludimos y no pasa nada. Es decir, creemos que no pasa nada, y pasa la mirada de la Providencia, ante quien una sola infidelidad puede malograr todo un destino.

La paz social, que comienza por el equilibrio y paz interior, sólo puede ser fruto, y más ahora, de una visión austera de la vida, de un dolor y renunciamiento que no es tan agrio como algunos imaginan. Certamente se vuelve la atención al campo, ejemplo siempre de austeridad, donde advertimos plásticamente cómo ésta es hermana de la perfecta belleza y de la perfecta alegría. Fué preciso pasar por la gran prueba para darnos cuenta al fin de lo que valía la vida, escuetamente la vida, sin riquezas y sin goces que parecían imprescindibles. Podía vivirse sin todo aquello. El despertar de cada día, el simple y claro despertar al mundo, tenía una novedad y dulzura que hasta entonces pocos habrían saboreado. Curas de silencio, gran receta. En el silencio sentíamos forjarse la nueva España, aquella España de la Misa de medianoche y de las promesas intrépidas. Con que diéramos ahora una mínima parte de lo que en el apuro prometíamos, bastaría.

Por otra parte, la mezcla del bien y el mal, las actitudes tibias, los entusiasmos trocados en despechos, los ideales desvirtuados por torpes inconsecuencias, no pueden desalentarnos. Es lo humano. El genio hispánico no puede redimir la naturaleza humana más allá

de donde la redimió Cristo. Digámoslo más familiarmente: los comienzos del siglo xvi fueron años de escasez en Castilla y parece que llegó a cundir lo que hoy llamamos "estraperlo", y ello no impidió que gobernantes ejemplares lograran el encumbramiento español.

Porque habrá siempre bien y mal es por lo que hay que extremar el bien. Porque podemos condenarnos es por lo que hay que conquistar la salvación y remediar los vicios con virtudes. Que es con lo que hasta ahora han solido remediarse los vicios. Ni estamos en paz todavía, ni la paz es, en todo caso, como ha dicho uno de nuestros alféreces poetas: "un volver a la nada y romper filas", sino un "quedarnos firmes, en una rigurosa vertical, con la mirada alerta... y en las almas un infatigable deseo de caminar".

Un infatigable afán de caminar. La Patria no es todavía lo que nosotros anhelamos —nunca la realidad terrena colmará el anhelo espiritual—; pero nosotros estamos en el trance de dar cumplimiento a las profecías.

JOSÉ CORTS GRAU.